

# La espiral hermenéutica de Cristóbal Serra

Rafael Ramis Barceló\*

UNIVERSIDAD DE LAS ISLAS BALEARES

## Resumen:

En este escrito, jugando con el lenguaje del autor, quisiera mostrar que Cristóbal Serra ha incrementado la claridad de su prosa en las últimas décadas y que en la última década (2000-2010) ha iniciado una espiral hermenéutica de sus propias obras anteriores. En sus últimos libros ha esclarecido algunos de los puntos oscuros y herméticos de sus obras precedentes y su literatura ha adquirido una nueva claridad y lucidez.

## Palabras clave:

Cristóbal Serra, pensamiento, literatura, reescritura, claridad.

## The hermeneutical spiral of Cristóbal Serra

## Abstract:

In this script, playing with his language, I would show how Cristóbal Serra has progressively increased his clarity and in the last decade (2000-2010) he has started a hermeneutical spiral of his own works of the precedent decades. In his last works he has clarified some dark points of his precedent books and his literature has a new clearness and lucidity.

## Key words:

Cristóbal Serra, thought, literature, rewriting, clarity.

Catálogo como escritor «raro», la obra del mallorquín Cristóbal Serra (Palma, 1922) no ha encontrado acomodo en ninguna de las categorías al uso de las letras hispánicas. Situado al margen de las modas y de las convenciones, este autor ha cincelado una obra original e innovadora, que no guarda parentesco con las voces más herméticas de la literatura española.

Su trayectoria es impar: mientras otros han desnudado progresivamente su lenguaje, depurándolo de aditamentos, Serra jamás ha usado el *sfumatto*, pues su prosa es sencilla y tersa, como la literatura del clasicismo francés. La contención verbal y la elegancia son luz y norte de la escritura de Serra quien, sin embargo, usa conceptos y vivencias difíciles de explicar.

Si su prosa se opone al frondoso oropel del Siglo de Oro, comparte con Quevedo y Gracián un conceptualismo que raras veces se aviene con la llaneza. El lenguaje de Serra es más adusto y natural que el de éstos, pero el manejo de sus conceptos y de no pocas de sus metáforas, confiere a su obra -pese a su concisión lacedemónica- una expresividad dialéctica. Hay que añadir el uso de la paradoja y del sinsentido, fruto de una lectura constante de los místicos occidentales y orientales, que llega hasta las voces

más proféticas de las letras francesas e italianas, como a los juegos lógicos e ilógicos de Carroll o Lear.

Ciertamente, en sus escritos se dan la mano el místico y el poeta con el rebuscador de palabras. En su obra se balancean el nominalismo y el conceptualismo, la creación de neologismos y la fidelidad al *Tesoro* de Covarrubias. Auriga que ha montado negros corceles, Serra se las ha visto con la endiablada prosa de Swift y con la visionaria obra del montaraz Blake. Frente a ellos, adopta la sencillez sintáctica para tratar tanto asuntos microscópicos como tropos complejos. Sin embargo, jamás simplifica las ideas y las visiones.

En Serra, frente al yo de Montaigne, hay una despersonalización constante, una asunción de diferentes puntos de vista y de diversas personalidades para hablar de un único tema: su *Lebenswelt*. Péndulo y Augurio Hipocampo son despersonalizaciones del autor, distorsiones dadaístas o surrealistas de una angustia existencial que no expresan con claridad su mundo interior, sino que simplemente lo dejan entrever.

En *Las líneas de mi vida* se puede leer «soy de los que, por su timidez, han sido antes traductores que

escritores»<sup>1</sup>. El mundo de la traducción permite el anonimato de quien prefiere insinuar a afirmar. Una mezcla de timidez invencible, humor refinado y mística eremítica llevan a Serra a dejar *péndulo* y en misterio cualquier tema, tratado desde diferentes puntos de vista.

Tres son, tal vez, las líneas del *Lebenswelt* de Serra: su infancia, sus libros y sus ideas. Las tres convergen y divergen a lo largo de su obra, pero son un cañamazo donde se enhebran todos sus escritos. La infancia es el estadio ideal, pues en él se da la inocencia que Serra vindica como actitud frente a la vida y la muerte. Los libros son el pasto espiritual donde sus ojos miopes encuentran lo que los demás no buscan. Las ideas de Serra son una negación racional del racionalismo y un acogimiento de lo espiritual y de lo numinoso, manifestado a través de la poesía, la paradoja o el humor.

Su itinerario es inusual. Una visión de conjunto de la obra de Serra permite comprender que paulatinamente el autor ha ido mostrando las capas internas de su vida, en un proceso constante de hermenéutica de sus propios textos. Su vía, al contrario de tantos otros escritores, es una espiral interpretativa de sus propios textos, que quieren guiar al lector hacia una lectura canónica de su obra que es, a su vez, una gran interpretación de la vastísima bibliografía que el autor maneja.

Barthes afirma que el autor queda separado de su obra cuando ésta ve la luz. Pertenece luego al lector, que la actualiza al compás de sus demás lecturas. La inevitable intertextualidad de la que está compuesta una obra se multiplica en nuevas intertextualidades cuando el lector la interpreta. El autor tiene dos caminos: bien enmudecer, dejando que la obra tenga vida por sí misma, acarreando las consecuencias de las más variadas interpretaciones; bien puede reescribir la obra y, hasta cierto punto, reescribirse a sí mismo.

Serra, en el último decenio, ha optado por reescribir toda su obra y reescribirse a sí mismo, en una espiral que, sin contradecir la obra anterior, la aclara y la hace mucho más accesible. Si tuviese que periodificar la obra de este escritor mallorquín, no dudaría en establecer una cesura hacia el año 2000. No por cuestiones milenaristas, a las que Serra es tan aficionado, sino porque a partir de entonces casi toda la obra anterior vuelve a ser escrita, en términos más didácticos y accesibles.

Antes de cruzar el umbral del milenio, el autor había dado a las prensas su biografía *Las líneas de mi vida*, uno

de sus pináculos literarios. Poco antes, en 1996, aparecían reunidas las obras completas del autor hasta el momento. El título, *Ars Quimérica*<sup>2</sup>, subrayaba de nuevo el carácter hermético de la producción literaria de Serra. Pese a que las obras que en dicho volumen se recogen son muy variadas, todas ellas están marcadas por el signo de la despersonalización.

Cabe subrayar, en primer lugar, *Péndulo y otros papeles*<sup>3</sup>, que apareció en un momento en el que España no estaba preparada para acoger (ni mucho menos, ensalzar) una obra maestra de este calibre. Detrás de la figura de *Péndulo* se encuentra Serra, pero también muchas otras personas anónimas de la época. Refleja el sentir de un momento gris y pendular, que no pendulón.

También el *Diario de Signos*<sup>4</sup> contiene una despersonalización en la que el autor presta atención a lo microscópico, extremo que hace universal su experiencia estética. Y como Fray Luis de Granada en el *Símbolo de la Fe*, encuentra en las cosas menudas<sup>5</sup> de su infancia en el Puerto de Andratx motivos que iluminan su existencia. El lector puede adivinar lo que de autobiográfico encierra el libro (Mrs. Flowers, Don Marcial...) pero queda siempre en una nebulosa.

La infancia es una época ideal porque en ella se refleja el estado en el que se manifiesta, según Serra, lo genuinamente espiritual. No en vano, el autor concluyó su lección magistral como Doctor honoris causa haciendo suyas las ideas de Novalis: «Cuando Cristo dice: «Hacedos como niños», sueña con niños indeterminados, no educados, reblandecidos, delicados-modernos...»<sup>6</sup>

La «Autominibibliografía» que se encuentra en *Augurio Hipocampo*<sup>7</sup> contiene la más acabada explicación de las ideas filosóficas de Serra. Aparecen en esa obra los escritores latinos, los estoicos y el pensamiento taoísta. Desde su juventud, Serra muestra predilección por la mística y la religión, y por ello se muestra siempre crítico con la filosofía y la teología, taradas por un excesivo racionalismo. Al contrario, mística y religión son supracionales y merecen la atención de los cinco sentidos.

El viaje intelectual de Cristóbal Serra se produce desde el obligado derecho (que no le gustaba «ni pizca») hasta la literatura, pasando por la historia de las ideas. En su momento, abandonado el derecho, la filosofía fue desechada por sus excesos racionalistas. Serra se refugió en los intersticios entre el misticismo y la literatura aforística. Desde entonces, su territorio intelectual se encuentra entre

<sup>1</sup> C. SERRA, *Las líneas de mi vida*, Palma de Mallorca, Bitzoc, 2000, p. 71.

<sup>2</sup> *Obra completa 1957-1996*, Palma de Mallorca, Bitzoc-Círculo de Lectores, 2000.

<sup>3</sup> Palma de Mallorca, Atlante, 1957. Reimpreso en *Ars Quimérica*, cit., pp. 21-106.

<sup>4</sup> Palma de Mallorca, Aucadena, 1980. Reimpreso en *Ars Quimérica*, cit., pp. 221-311.

<sup>5</sup> LUIS DE GRANADA, *Obras*, BAC, Madrid, 1856, p. 233.

<sup>6</sup> Véase [http://www.uib.es/honoris/serra\\_simo/llico.html](http://www.uib.es/honoris/serra_simo/llico.html)

<sup>7</sup> Palma de Mallorca, Olañeta, 1994. Reimpreso en *Ars Quimérica*, cit., pp. 511-619.

los pensadores y los escritores tocados por el espíritu. Espíritu no necesariamente santo, pues puede ser maligno, como bien recuerda el autor. Su visión escudriñadora, manifestada *Con un solo ojo*<sup>8</sup>, le revela como un especial conocedor de las zonas oscuras que quedan en penumbra, a expensas de las pretendidas luces de la razón y del progreso.

Toda la obra de Serra tiene su reescritura. El *Viaje a Cotiledonia*<sup>9</sup> tiene su reinterpretación en *Retorno a Cotiledonia*<sup>10</sup> y el *Diario de Signos* tiene su vuelta de tuerca en *Augurio Hipocampo*. En las últimas obras, sin perder el color estético, se aproxima más al realismo: los perfiles se aclaran y las metáforas dejan paso a las acuarelas. La despersonalización de Serra, tal vez como paradoja, deja entrever poco a poco el hondón de su ser.

*Las líneas de mi vida* ordena y selecciona todo lo que se había dicho implícita o explícitamente en obras anteriores. Presenta una visión realista de su propia existencia, desembarazándose de alguna que otra coraza, que le protege del aguijón ajeno. Durante la mayor parte de su vida, Serra parece compartir divisa con Descartes (*larvatus prode*), autor que, no obstante, se sitúa en sus antípodas intelectuales.

A comienzos del siglo XXI, Serra entra en una espiral hermenéutica que se traduce en una escritura febril. En diez años, ha escrito aproximadamente lo mismo que en ochenta. Sus obras del siglo XX tienen una réplica que las replica y explica: en la primera década de este milenio el autor ha reescrito y reinterpretado toda su obra. Serra, qué duda cabe, es el mejor intérprete de sí mismo, cualidad que no tienen todos los escritores.

Si Celan necesitaba a Heidegger y éste a Gadamer o a Arendt, él no requiere intérprete alguno, pues la hermenéutica de sí mismo revela una despersonalización que es capaz de conectar sus inquietudes con las de los demás. Tal vez sea su timidez invencible la que, en su lúcida ancianidad, ha permitido esta espiral hermenéutica, clarificadora por su extraordinaria franqueza.

La profundidad psicológica con la que sabe analizar las obras de los demás es fruto de una penetración insólita en los recovecos de la *psyche* humana. Relector de Vauvenargues y Marco Aurelio, no sólo conoce lo apolíneo, sino también los resortes dionisiacos y diabólicos. Tal faceta, unida a su cultivo de la aforística, se manifiesta magistralmente en *Nótulas*<sup>11</sup> y, sobre todo, en *Efigies*<sup>12</sup> un recorrido por la contrailustración en el pensamiento y en la literatura.

Serra busca las profundidades de cada autor, que en ocasiones le han sido manifestadas a través de sus 'comunicaciones' con ilustres personajes de la historia. Es ésta una de las facetas más íntimas que aparece en *Tanteos crepusculares*<sup>13</sup>, una obra aparentemente explosiva, pero en la que el autor narra algunas de las experiencias más sorprendentes de su vida. Sus confesiones, vistas en perspectiva histórica, empiezan siendo un Marco Aurelio y acaban por trocarse en Rousseau: desde el despersonalizado *Péndulo* hasta los afirmativos *Tanteos crepusculares*, pasando por la «Autominibiografía» y *Las líneas de mi vida*.

El autor concluye esta revelación de su intimidad biográfica con *Álbum biofotográfico*<sup>14</sup>, donde a través del comentario a unas bellas fotografías da a conocer finalmente un poco más su familia (de la que había escrito en muy contadas ocasiones, con la excepción de sus abuelos) y revela un rico epistolario, que incluye su correspondencia con Félix de Azúa, Carlos Barral, José Bergamín, Camilo José Cela, Rafael Conte, Pere Gimferrer, J. I. Gracia Noriega, Eduardo Jordá, Juan Larrea, Henri Michaux, Carlos Edmundo de Ory, Octavio Paz, Juan Perucho y Andrés Trapiello. El libro se cierra con entrevistas y comentarios a su obra.

Serra no sólo ha dado a conocer sus zonas abisales, sino también ha clarificado a un ritmo imparable sus grandes temas de siempre. En el concurso de tal empresa debe destacarse la labor editorial de Andrés Ferrer, que ha facilitado el acomodo de toda la obra tardía del autor en una colección llamada «Biblioteca Parva de Cristóbal Serra», en la que han ido apareciendo títulos bajo esa intención clarificadora.

Las últimas obras del autor mallorquín no han aumentado su fama de hombre sabio, pues era acreedor de los más altos elogios por parte de los lectores que han estado al abrigo de modas y convenciones al uso. En cambio, han ratificado que el autor, zarandeado a veces por la crítica, se ha ido despojando de las capas para llegar a una desnudez poética. Curiosamente, quien había criticado el abuso del raciocinio, racionaliza su obra literaria, la ordena y la criba.

Para entender la trayectoria de Cristóbal Serra hay que admitir que la edad le ha liberado de los corsés que a otros les llegan con los achaques. Como los más grandes, el escritor mallorquín ha convivido siempre con una salud quebradiza y tal rasgo es timbre de madurez y, en ocasiones, acicate para la voluntad. Al rebasar los ochenta años, el polígrafo ha decidido decir las cosas por su nombre, dejar

<sup>8</sup> Palma de Mallorca, Arxipèlag, 1986. Reimpreso en *Ars Quimérica*, cit., pp. 371-410.

<sup>9</sup> Palma de Mallorca, Cort, 1963. Reimpreso en *Ars Quimérica*, cit., pp. 107-162.

<sup>10</sup> Palma de Mallorca, Guillermo Canals, editor, 1989. Reimpreso en *Ars Quimérica*, cit., pp. 411-510.

<sup>11</sup> Madrid, Ardora, 1999.

<sup>12</sup> Barcelona, Tusquets, 2002.

<sup>13</sup> Valencia, Pre-textos, 2007.

<sup>14</sup> Palma de Mallorca, Cort, 2009.

claros muchos extremos, para que no vengan otros a malinterpretarlos.

Precisamente, cuando ha recibido mayores atenciones por parte de la crítica, cuando se han escrito tesis y tesis sobre su obra, Serra ha salido a escudar y a matizar sus obras. No es necesario combatir la indiferencia, pero sí la incomprensión y, para ello, Serra, antes de que lo hagan otros, ha querido reescribir de nuevo sus libros. En esta dirección hay que destacar algunos títulos que se cuentan entre lo mejor de su producción literaria.

Dejando de lado el *Álbum biofotográfico*, hay que mentar algunas traducciones y alguna obras de nueva factura. Las translaciones de la obra de Chuang-tzu<sup>15</sup> cierran el arco de su pluma que se tensó por vez primera en los años cincuenta, cuando Serra dio a la imprenta el *Libro de Tao*<sup>16</sup>. Sus recientes traducciones de Vauvenargues<sup>17</sup> y de Samuel Butler<sup>18</sup> son páginas que Serra tenía ya pergeñadas hace años. La selección de textos del moralista francés permiten conocer la faceta más psicológica de Serra, que traduce con el concurso de su añorada Joaquí Juncá, su musa imperecedera.

Su espléndida traducción del *Cuento de un tonel*<sup>19</sup> de Swift ha sido reeditada, reverdeciendo aún más unos laureles de inmarcesible frondosidad. Pero la afinidad más profunda de Serra se encuentra, más allá de Michaux<sup>20</sup>, Melville<sup>21</sup> o de Larrea, con la obra de Blake, a quien dedicó ya espléndidas traducciones en los años setenta. Puede decirse que Serra, en su labor clarificadora, ha «urbanizado» a Blake a base de traducciones, diccionarios, prólogos que han cristalizado finalmente en una enjundiosa antología<sup>22</sup> que recoge lo más granado del autor. Dicha obra une un prólogo que sirve de brújula al lector, una cuidada selección de textos vertidos al español y un diccionario de conceptos que puede tenerse como una de las cimas del escritor mallorquín.

Si la mocedad es un estado espiritual, en él fija ideas al compás de los libros que lee. No es de extrañar que, entre ellos, destaque el libro de los libros: La Biblia, que Serra ha leído e interpretado sin asomo de beatería. Su principal preocupación es ordenar sus propias ideas en este campo. Así, sus ensayos sobre el Apocalipsis<sup>23</sup> y sobre

Jonás<sup>24</sup> responden a una libérrima exégesis, que vindica también para dar sentido a los canónicos del Nuevo Testamento.

El manejo de los Apócrifos no es suficiente para dar sentido a la vida de Jesús y, para lograr tamaña empresa, acude solícito a las visiones de Catalina de Dülmen<sup>25</sup>. Con tales mimbres confecciona *La flecha elegida (La voz secreta de Jesús)*<sup>26</sup>, una de las agujas que coronan los vitrales bíblicos que Serra ya había cincelado anteriormente. Pocas veces la vida de Jesús había sido escrita en términos tan resplandecientes y para hallar luz semejante sobre su existencia terrena se debe acudir a Papini o a Chesterton, sin rebajar punto alguno.

Con ellos comparte una visión maniquea del mundo y no duda en detectar la presencia del mal en el mundo. Serra no desdeña esta teodicea, abandonada en nuestros días, pues para él la presencia del maligno es ostensible en el mundo y su camuflaje es causa de la mayor de las preocupaciones. Con ello, Serra se incardina netamente en la línea judeocristiana que valora, ante todo, unas raíces hebraicas que, por otra parte, no cree tan lejanas a su solar patrio. Con el Pueblo escogido, Serra profundiza en su particular dialéctica: difícil sería resumir su postura, aunque cada vez quedan más claras las ideas de que sin lo judío no puede entenderse lo cristiano y que el mayor mal de la humanidad es que los judíos no hubiesen reconocido a Jesús como el Mesías<sup>27</sup>.

La Biblia aparece en todas las obras de Serra y da pie indirectamente a muchas de ellas. La insistencia asnal del polígrafo mallorquín tiene raíces veterotestamentarias y en tierras israelitas y egipcias halla el motivo de la cachaza mediterránea, contraria a los intereses mundanos que imperan desde que los humanos -como se destaca metafóricamente en *Viaje a Cotiledonia*- se han vendido a Mammon. *El asno inverosímil*<sup>28</sup> se muestra a medio camino entre la reflexión bíblica y los ribetes humorísticos de Serra, conocedor y admirador de los cuentos jasídicos y de la literatura traviesa, que no aviesa.

Buena parte de ella aparece explicada en su «Biblioteca parva<sup>29</sup>», recopilación de las obras maestras de

<sup>15</sup> CHUANG-TZU, *Obra completa*, Palma de Mallorca, Edicions Cort, 2005.

<sup>16</sup> LAO-TSÉ, *Libro de Tao*, Palma de Mallorca, Columba, 1952.

<sup>17</sup> VAUVENARGUES, *Obra selecta*, ed. con Joaquí Juncá y Martí Tugores, Palma de Mallorca, Edicions Cort, 2007.

<sup>18</sup> S. BUTLER, *Los cuadernos de Samuel Butler*, Palma de Mallorca, Cort, 2008.

<sup>19</sup> J. SWIFT, *El cuento de un tonel*, Barcelona, Seix-Barral, 1979. Reimpreso en Barcelona, Planeta, 2008.

<sup>20</sup> H. MICHAUX, *Un bárbaro en Asia*, Barcelona, Tusquets, 1977 y *Ecuador: diario de viaje*, Barcelona, Tusquets, 1983.

<sup>21</sup> H. MELVILLE, *Las encantadas*, Barcelona, Seix-Barral, 1970.

<sup>22</sup> W. BLAKE, *Poemas y prosas*, versión y prólogo de Cristóbal Serra, *Símbolos y fuentes*, Palma de Mallorca, Cort, 2010.

<sup>23</sup> *Apocalipsis. Guía para el lector de Cristóbal Serra*, Madrid, Siruela, 2003.

<sup>24</sup> *La noche oscura de Jonás*, Palma de Mallorca, Aloe, 1984. Reimpreso en *Ars Quimérica*, cit., pp. 313-370.

<sup>25</sup> *Visiones de Catalina de Dülmen*, Zaragoza, Prames-Las Tres Sorores, 2000.

<sup>26</sup> Palma de Mallorca, Edicions Cort, 2006.

<sup>27</sup> «El hecho de que la totalidad del pueblo judío no lo haya reconocido, es a mi juicio, una gran tragedia y en parte la tragedia del mundo», véase lección magistral, cit.

<sup>28</sup> Palma de Mallorca, Bitzoc, 2002.

<sup>29</sup> Forma parte de *Ars Quimérica*, cit., pp. 621-725.

la literatura, que tiene su réplica en *El canon privado de Cristóbal Serra*<sup>30</sup>, explicación mucho más accesible que la anterior del universo de los libros que le han iluminado, acompañada de unas útiles y sustanciosas indicaciones bibliográficas. Junto a las obras religiosas aparecen otras obras maestras, ensalzadas por su escritura (clásicos latinos y franceses) y la literatura visionaria y de viajes.

En ella se congregan las obras que Serra valora por encima de las demás y que jalonan, con citas y alusiones, toda su producción literaria. A los ya citados cabe unir a Virgilio, Heine, La Fontaine, Rabelais, Villon, Shakespeare, De Maistre, Montesquieu, Montaigne, Paracelso, Voltaire, Maeterlinck... Si su admiración por ellos es destacada, mayor lo es por Quevedo, con quien mantiene una relación permanente de amor-odio. Le considera y valora «por encima de los demás ingenios españoles<sup>31</sup>», pero también le considera un lastre para la literatura española que, tras él, sabe a ajo y tiende a lo plebeyo<sup>32</sup>.

Y es que, como en Quevedo, en la personalidad y en la obra de Serra (que a veces pueden llegar a confundirse), se encuentran entremezclados el hombre espiritual y el devoto del humor. No es de extrañar que Serra pergeñase en los setenta una *Antología del humor negro español*<sup>33</sup>, donde planea también la sombra del señor de la Torre de Juan Abad. El humor de Quevedo es satírico y cazarro, el Serra es más inglés, porque mantiene una extraña afinidad

con el propio de Mallorca, inclinado a los dobles sentidos, a las paradojas y al dadaísmo.

Tales similitudes pueden verse en la *Curolla del mallorquí dadá*<sup>34</sup>, una obra en la que Serra explica el humus humorístico en el que se ha formado como escritor. Sus viajes imaginarios a las Encantadas o a Cotiledonia son un continuo retorno a lo insular, con nueva savia y viejas alforjas. La intención de Serra es la de ver el mundo en un grano de arena de Andratx. Ese cultivo de la micrología le lleva destilar en precisos alambiques el néctar de lo universal y a esparcir más de una gota en sus libros.

*Abecé de micrologías*<sup>35</sup> compendia el espíritu clarificador del último Serra, capaz de organizar su universo en forma de diccionario, reescribiéndose y redefiniéndose. Un manual poético para acceder a su obra de forma didáctica y ordenada. La espiral hermenéutica va concluyendo con la mejor exégesis de su propia obra, que queda allanada antes de que la crítica pase su inexorable arado, «para no hacer mudanza en su costumbre».

Serra, en fin, escribió que «los hombres somos unas sombras que algunas veces nos mezclamos con la luz de un crepúsculo. Nada más»<sup>36</sup>. Merece advertirse que sus obras (y en particular las últimas) favorecen que las sombras se dispersen y que el crepúsculo se torne, si no translúcido, mucho más luminoso.

<sup>30</sup> Palma de Mallorca, Edicions Cort, 2007.

<sup>31</sup> *El canon privado de Cristóbal Serra*, cit., p. 126.

<sup>32</sup> *Álbum biofotográfico*, cit., p. 181.

<sup>33</sup> Barcelona, Tusquets, 1976.

<sup>34</sup> Palma de Mallorca, Olañeta, 2006.

<sup>35</sup> Palma de Mallorca, Edicions Cort, 2008.

<sup>36</sup> *Péndulo y otros papeles*, cit., p. 45.